

# ORAR EN EL MUNDO OBRERO

2º Domingo de Pascua (28 de abril de 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

## Me dispongo a la oración con estos textos

*El militante HOAC es un apóstol en su propio ambiente: el mundo del trabajo. Debe tener conciencia de ser miembro del Cuerpo Místico de Cristo, colaborando fraternalmente con todos los demás a la evangelización de la humanidad (Rovirosa, OC, T.III. 488).*

**Jesús ha resucitado y nos quiere hacer partícipes de la novedad de su resurrección. Él es la verdadera juventud de un mundo envejecido, y también es la juventud de un universo que espera con « dolores de parto » (Rm 8,22) ser revestido con su luz y con su vida (Francisco, *Christus vivit*, 32)**

## Desde la resonancia de estos textos, me sitúo en la vida

Hoy hemos de orar desde nuestro quehacer comunitario, desde nuestra misión eclesial, desde nuestro proyecto evangelizador. Somos enviados; somos misión. Vuelvo a sentir la llamada del Resucitado en mi vida, que me envía, que nos envía. Que hoy andemos de elecciones nos debe recordar nuestra misión.

*Este es el tiempo del Dios de la Vida·  
De la vida dada y de la vida realizada·  
De la gloria de Dios y de nuestra dignidad perdida·*

*Es tiempo de presencias y encuentros,  
de paz, comidas y abrazos,  
de corazones encendidos y trajes blancos,  
de envíos a rincones lejanos·*

*Es el tiempo de la experiencia,  
del paso del Señor por todas las tierras  
por todos los rincones,  
por todas las personas·  
Tiempo de lores, sueños y utopías,  
de gritos, cantos y aleluyas·  
¡Tiempo divino para el ser humano en camino!*

*Es tiempo de primavera florecida,  
de liberación profunda y definitiva  
de cadenas, amuletos, y miedos,  
de señores antiguos y nuevos,  
para vivir y sentir la vida·*





## Escucho la Palabra

**Jn 20,19-31: Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.**



*Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo».*

*A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».*

*Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.*

**Palabra del Señor**

## Acojo la Palabra

En este pasaje del Evangelio puedes ver el reflejo de tu propia situación en diversos momentos, viviendo muchas veces encerrado y con miedo, temeroso de la realidad, de las dificultades, del sacrificio que conlleva ser fiel, asustados ante quienes buscan por otros caminos distintos de los nuestros. Y el miedo lleva a encerrarse, a construir muros, a separarnos y poner distancia, a desistir de la misión, a renunciar al compromiso, a ceder a la acomodación de nuestra vida con el viento que más sopla, a querer confiar solo en nuestros medios, a dejar la fe...



Puedes descubrir reflejada muchas veces la vida de la misma Iglesia: paralizada, desorientada ante los acontecimientos en tantas ocasiones, sin una palabra que enganche con la conflictiva cotidianeidad, sin capacidad para escuchar, para acompañar, para ofrecer una palabra de esperanza, o un trecho de camino compartido desde las situaciones que viven hoy nuestras hermanas y hermanos. Una Iglesia incapacitada para la comunión, para crecer como Pueblo de Dios. Una iglesia que siente como ataque incluso lo que no es, y que solo sabe defenderse, en lugar de ofrecerse...

No es la realidad global, no es toda la realidad, pero sí se da en muchas latitudes y en muchas circunstancias, y se da hoy nuevamente en la Iglesia de nuestro país. ¡Cuánto miedo! ¡Cuánto miedo que lleva a buscar soluciones que poco tienen que ver con el Resucitado! ¡Cómo nos incapacita el miedo para abrirnos a la acción del Espíritu, para reconocer la presencia del Resucitado, para ser misión!

Cómo cambia esa situación el encuentro vital con el Resucitado: los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Necesitamos reconocer al Señor, encontrarnos con él y reconocer sus signos, para poder rehacerlos creativamente hoy también nosotros. Necesitamos pasar del miedo a la alegría.

Como Iglesia –y eres parte de ella– somos enviados por el Resucitado a dar la paz: a tender puentes, a construir la cultura del encuentro, a trabajar por la justicia y la igualdad, por la sagrada dignidad de cada persona. Estamos llamados a buscar, y construir la comunión. Al resucitado se le reconoce presente en quienes trabajan por la paz.

Como Iglesia somos convocados a acoger el Espíritu que es sopro de vida en medio de esta cultura de descarte y de este sistema que mata. Somos encargados de hacer posible la vida digna, de principio a fin, cada día. Al Resucitado se le reconoce vivo en la lucha por la vida, y contra todo lo que deshumaniza.

Como Iglesia que experimentamos la misericordia y el perdón del Resucitado en nuestra vida, en nuestra propia historia, reconocemos al Resucitado en todos los esfuerzos por crear la cultura del encuentro, por la reconciliación, por el perdón que restaura, y porque resplandezca en toda circunstancia la verdad. El perdón nos abre a la esperanza, porque nos abre a nuestra propia verdad.

Como Iglesia somos enviados a anunciar la Buena Noticia de que vive; de que el Crucificado es quien ha resucitado, y por eso hay otra vida posible, hay presente y futuro posible de vida para quienes se nos revelan crucificados en este mundo: los pobres y olvidados, los marginados y excluidos, los descartados de esta sociedad. Hay dignidad y esperanza para el mundo obrero.

Es el encuentro con el Resucitado lo único capaz de transformar nuestra vida y de llenarla de la alegría del Evangelio. Y si no hay esa alegría, a lo mejor no hemos llegado aún donde nos espera.

Con mi proyecto de vida por delante, releo este Evangelio, me reconozco en él, y hago mía la necesidad de abrimme a la capacidad de reconocer los signos de la presencia vivificadora del Resucitado, en la Iglesia y en el mundo obrero y del trabajo. ¿Qué necesito para reconocer y realizar esos signos en lo cotidiano?



## Desde el encuentro con la Palabra, vuelvo a orar

### *Dios con nosotros*

*Dios con nosotros,  
habítanos por dentro.  
Haz de nuestra entraña tu hogar  
y de nuestro ser tu lugar.*

*Dios con nosotros,  
habítanos por dentro.  
Que quien se acerque  
a mí te encuentre,  
naciendo,  
existiendo,  
amando,  
impulsando la vida.*

*Dios con nosotros,  
habítanos por dentro.  
Que no exista ningún espacio ajeno a ti.  
Que allí donde parezca que Tú no podrías estar  
esté yo dejándote pasar y siendo,  
desde mi fragilidad,  
tu explosión de Vida,  
Verdad  
y Libertad.*

*(Gloria Díaz)*



## Y hago ofrenda mi vida

*Señor, Jesús:  
te ofrecemos todo el día  
nuestros trabajos,  
nuestras luchas, nuestras alegrías,  
y nuestras penas...*

*María, Madre de los pobres,  
Ruega por nosotros.*

